

"Entrando en calor", de Jesús Campos, en la Mirador

## Una ficción de supervivencia

**E**s frecuente que la realidad, patética o cómica, absurda la mayor parte de las veces, se imponga a las más descabelladas ficciones. No importa cuánto tiempo tarden los hechos en producirse; antes o después, nuestro día a día acaba resultando un espejo fiel de las fantasías de los visionarios. Quién refleja a quién es una pregunta ardua, aunque parece lógico pensar que la imaginación, cualquiera que sea su objeto, se nutre de inspiraciones íntimas, de palpitaciones sociales, que algunos saben interpretar antes que el propio tiempo, adelantándose a la historia. Señales de su presente convirtieron en profetas literarios a autores como Verne, como Orwell, como Huxley.

Cada época genera sus propios fantasmas, y la nuestra tiene el suyo: la destrucción del mundo, en cualquiera de sus niveles, por una guerra nuclear. "El día después" del holocausto ha sido, es, tratado hasta la saciedad, y desde las más diversas ópticas, por la literatura y el arte: multitud de películas de ciencia-ficción, relatos como los de Ray Bradbury, obras de teatro como la no muy lejana *Laetius* de Els Joglars, vienen a la memoria. Y es en ese amplio espectro donde se inscribe la última obra de Jesús Campos, *Entrando en calor*, premio Borne 1988.

La afirmación del propio autor: "La obra no hace sino reproducir el esquema en el que nos desenvolvemos a diario: una existencia alarmantemente deteriorada, envuelta en el papel de plata del 'aquí no pasa nada', con su pizca de erotismo cutre a modo de guinda. Una metáfora, una chocolatina o un pastel; a elegir", marca ya las pautas que rigen este montaje. Un hombre y una mujer —él, parálitico, para más señas— dialogan, discuten y reinventan la vida en un espacio sórdido, mitad vivienda, mitad almacén, presionados por una situación límite, cuya clave sólo nos llegará al final de la representación.

El caos exterior, latas de conserva amontonadas, cajas, cachivaches, suciedad, resulta un trasunto del desconcierto existencial de los personajes, de su afán por no abandonarse a la desesperanza, de su búsqueda del instante perfecto que consiga trascender el nauseabundo presente. Durante toda



CHICHO

*Ángel de Andrés y Lola Mateos encarnan a la pareja cuyo amor naufraga en un submundo desesperanzado.*

la obra, la pareja intenta una relación sexual que, desde el principio, se presenta como imposible: en un submundo agónico, vacío de estímulos, desprovisto de sentido, ni siquiera resta espacio para el placer más directo, más elemental, aquel que podría prestar un semblante de normalidad a una existencia ruinosa, acabada, rota. Lograr la excitación sexual equivale a mantener la conciencia de estar vivos, de que aún merece la pena seguir: tal es el planteamiento del autor.

### El juego de los equívocos

Cruel alegoría, con intenciones sociales y políticas, *Entrando en calor* ofrece un mensaje esquemático teñido de comicidad, tal vez como mecanismo de defensa ante el horror. Una risa que transita desde la comedia hasta la tragedia, ofreciendo dos lecturas, para convertirse, al final, en una mueca de humor negro. Jesús Campos, sobre el que recae la responsabilidad total del espectácu-

lo —además de autor, es director y escenógrafo— ha reflejado una atmósfera sórdida, inquietante y algo absurda, cercana a Beckett, para establecer en ella un juego, una fantasía, en el que se encuentran inmersos los protagonistas y del que participan los espectadores.

Mentira y verdad se confunden en los relatos que ambos personajes se cuentan a sí mismos; historias que, en ocasiones, alcanzan cotas de excelente costumbrismo social, como en la narración de la técnica, ya periclitada, de meter mano en el cine. Equívocos presentes, así mismo, en las situaciones, en los ingeniosos diálogos y en la esencia misma de la obra, sintetizada en una de las frases: "La verdad es odiosa y peligrosa. Hay que seguir las reglas del juego e inventar una mentira común". Tal vez sólo así, fingiendo creer, se pueda sobrevivir.

El autor, cuyo anterior estreno, *Es mentira*, data de 1980, ha puesto sobre la escena, una vez más, algunos de sus temas recurrentes, escarbando en las raíces de la angustia y el terror que definen a las sociedades, y lo ha hecho desde una aparente distancia, gracias al tratamiento naturalista, a ese juego entre tremendismo y comedia, a esa filosofía sarcástica y pretendidamente elemental que le hace poner en boca de uno de sus protagonistas afirmaciones como: "Toda la filosofía que necesito para vivir la aprendí en un water: follar, follar, follar, que el mundo se va a acabar. Fue como un decálogo, como una revelación divina". Consignas que se nos revelan brutalmente ciertas en el desenlace de la obra.

Adán y Eva, personajes sólidamente contruidos, han contado con una gran interpretación de los actores Ángel de Andrés López y Lola Mateo, que se mantienen con fuerza, soltura y credibilidad en la difícil frontera que separa la farsa del drama, ofreciendo en cada ocasión el matiz justo, el trabajo en profundidad. Ellos fueron los mejores transmisores de una metáfora a la que, seguramente, no le hacía ninguna falta la algo tópica justificación del holocausto nuclear. También sin él, lo que cuenta *Entrando en calor* alcanza toda su espantosa y real dimensión. □

L. S.-C